

Kary Cerda

El Impermeable Amarillo





El Impermeable Amarillo



El Impermeable Amarillo

D. R. © Kary Cerda

Iª Edición. México, 2013.

Texto, Diseño Gráfico y Editorial:
© **Kary Cerda**

Ilustraciones:
© **Eugenio Chellet “Yauxu” y Kary Cerda**

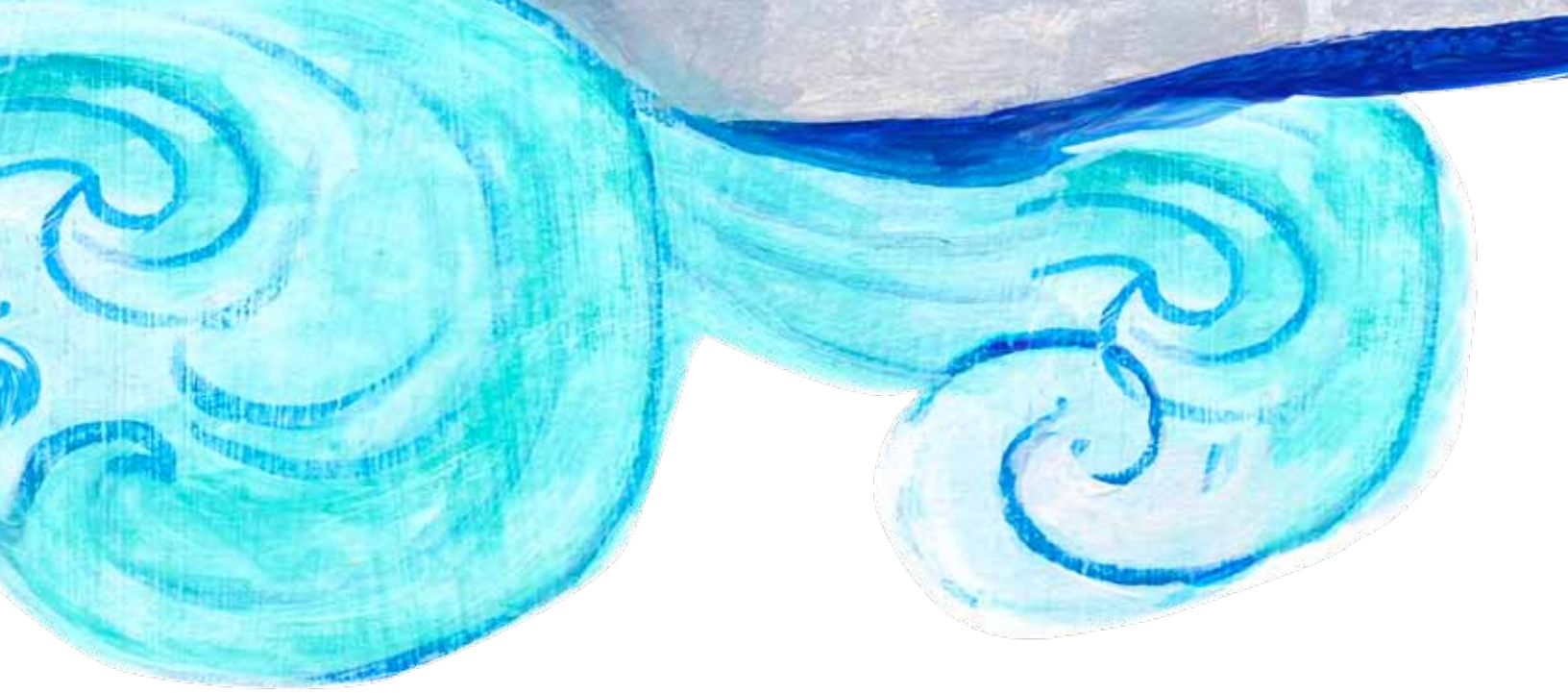
Asistente de diseño:
Iván Sierra Medina

Kary Cerda

El Impermeable Amarillo







Para Altair,
y los que sueñan con el mar.





La luz teñía la tarde de colores tan suaves que daban ganas de abrazarlos. Las nubes parecían enormes pinceladas donde se entremezclaban sutiles rosados, lilas y dorados. Como si el océano fuera un gigantesco espejo azul clarísimo, casi plateado, el atardecer se reflejaba esplendoroso sobre su inmensidad.

—¡Qué maravilla! —se dijo Lolo al mirarlo. Alegre, empezó a chiflar y al son de la melodía bailaba sobre la proa. Al verlo, y aunque no lo conocía, Mar empezó a seguirle el paso. Se hicieron amigos de inmediato. Nunca antes había encontrado un marinero tan simpático y dicharachero.

A partir de entonces fueron inseparables. Juntos se divertían explorando todo tipo de acuáticos territorios: farallones de vertical poderío, acantilados de tenebrosas fauces, glaciares de helados perfiles o escultóricos arrecifes. Les gustaba jugar a las escondidas en las costas de Irlanda, las únicas en donde Mar —a pesar de ser tan grandote— podía pasar inadvertido. Jamaica era su isla predilecta para bailar al ritmo de los tambores balleneros de Bob Marley. Recoger conchitas sobre la costa australiana y hacer esculturas en el malecón de Puerto Vallarta hacía que el tiempo se esfumara como arena entre las manos. Cuando iban al Mediterráneo, Mar contaba historias de monstruos y minotauros atrapados en los laberintos de Creta. En las Galápagos se tiraban al sol como lagartos y sobre la hermosa playa de Varadero construían castillos y fortalezas.

Cuando Mar aparecía con las olas lacias y el vaivén desguanzado, Lolo simulaba que el borde de su barco era una cuerda floja y caminaba sobre ella balanceándose y ejecutando toda clase de riesgosos malabares y piruetas con tal de hacerlo reír. Si suspiraba descorazonado —como cuando se enamoró de Isla Mujeres sin saber que ya era novia de Cozumel, o la vez que Playacar lo desdeñó por el soberbio Mar de Cortés—, Lolo sacaba su guitarra y componía canciones o le contaba historias acerca del origen de las constelaciones para alegrarlo.

Si el día era luminoso y el ánimo deportivo, organizaban carreras de relevos con los hipocampos o de obstáculos para los cangrejos. Eran las competencias más famosas, concurridas y originales del océano pues no había equipos contrarios y entre todos se animaban sin hacer diferencias. El primero en llegar alentaba a los de atrás, el que descifraba una pista se la contaba a los otros, y hasta los mirones recibían premios.

En ocasiones ofrecían conciertos de gala. Lolo acomodaba a las ballenas cantoras como si fueran un piano gigantesco: las blancas afinadas y derechitas, en primera fila. E intercaladas, un paso atrás, se colocaban las negras muy sonrientes

con el chorro alzado. A su alrededor, Mar coordinaba la coreografía. Sólo escogía olas de esculapural envergadura para los giros transversales y las hawaianas de transparentes tonos aguamarina rodeaban el escenario, enmarcando al coro de los delfines y los magníficos saltos de las orcas.

El espacio de mayor éxito musical era el karaoke de la noche mexicana. La cubierta de proa se transformaba en escenario, adornado con luces tricolores, imitando la constelación de turno. Ahí se subían los artistas a cantar a voz en cuello. Los más exitosos eran los tiburones pues, en lugar de subir uno por uno, bajaban el micrófono y cantaban todos a coro, enseñando los dientes.

A veces Mar tenía intenciones bucaneras así que se amarraban un paliacate en la cabeza y juntos se embarcaban en busca de tesoros, como dos viejos piratas, hacia horizontes desconocidos.

Contar historias era una de las actividades favoritas de Lolo. Se sabía muchísimas. Describía cada pedacito de océano, lago o charquito donde hubiese navegado con grandes ademanes y multitud de expresiones insospechadas. Se armaba un gran tumulto de ballenatos, delfines, estrellitas y olas amontonadas alrededor del barco cada vez que, apostado sobre la proa, narraba sus travesías.

Siempre vestía de azul y su barco, de nombre Pancraccio, también lucía un azul impecable. A lo lejos, los cabellos de Lolo parecían la espuma, la cresta de una ola sonriente flotando sobre el horizonte. Sólo cuando llovía y el cielo ensombrecido se hacía bolas y el mar enojadísimo se daba de topes contra las rocas, Lolo cambiaba la vestimenta. En esas ocasiones sacaba su prenda consentida: un impermeable amarillo regalo de los marineros noruegos cuando fueron por esas latitudes en busca de bacalao para la cena de navidad. Pancraccio sentía gran orgullo al transportar a su amigo así vestido; era como traer a bordo a un emisario del Sol capaz de desafiar cualquier tormenta, nubarrón o chubasco. Al mismo océano se le alegraban los grises al ver a ese amarillo caballero navegar sobre lo inmenso.



Conjuro marino

Una tarde de invierno Pancracio tuvo un mareo. No quería hacer nada, las velas se le caían de fatiga. Sólo estar boca abajo lo consolaba y hubo necesidad de acostarlo sobre la playa.

Al principio, Lolo pensó que tal vez se había resfriado en su última travesía por el Mar del Norte. Decidió sanarlo con los mejores y más poderosos remedios, conocidos por todo buen marinerero: le untó pomadas de alcanfor en el pechito, le hizo un té de algas endulzado con miel de colmena de las montañas de Chiapas, lo frotó con arena de las islas Fidji. Tristemente, nada sirvió; Pancracio no mejoraba. Para colmo, poco a poco se puso verde, de ahí amarillo, y después... ¡le empezaron a salir hoyos por todos lados!

Preocupado por la situación, el marinerero llamó a los más prestigiados curanderos de barcos del mundo entero. Llegaron de Malasia y Chinconcuac, de Zumpango, Xoxtla, del Triángulo de las Bermudas y de las Azores. Pero nada, nadie logró mejorarlo. La pobre embarcación no podía sostenerse sobre las olas. Pasado un tiempo, el mal se evidenció incurable. Ambos estaban realmente desolados pues no sabían cómo resolverlo.

Una mañana Mar fue a visitarlos:

—¿Por qué no han venido a jugar? Los he extrañado mucho.

—Pancracio ha estado muy enfermo, mira nada más cómo se encuentra.

Mar nunca había visto algo así, y menos a Lolo tan triste. Se sintió confundido al escuchar la historia de la extraña enfermedad de la embarcación. Decidió ir a caminar un ratito por la playa para ordenar sus sentimientos y poder pensar más claro.



Regresó de lo más contento. Se le ocurrió que aun con tintes de tormenta, esta era una gran oportunidad para iniciar una nueva aventura. ¿Aventura? ¿Una nueva aventura? ¿En estas circunstancias?

A Lolo y a Pancraccio se les encimaban las preguntas; a este último hasta la calentura se le quitó. Mar no podía ni responder de la risa que le daba ver a sus amigos otra vez tan animados. Ambos eran valientes y los retos les encantaban.

–Se trata de cambiar de rumbo –explicó Mar con voz acelerada–, de entender todas estas extrañas circunstancias como si fueran el regalo de un mago travieso. Porque aquí, estoy seguro, hay una aventura oculta.

Al ver que no entendían, Mar insistió:

–¡Sí! ¡Sí! Necesitamos descifrar la combinación secreta para deshacer este enfermizo hechizo y encontrar la solución.

–¿Como si fuera una adivinanza? –preguntó Pancraccio haciendo ojitos de renglón.

–¡Mmmjuu! –asintió Mar con la cabeza.

Estaban pensativos cuando repentinamente a Pancraccio se le enchinaron las velas y, emocionado, anunció:

–¡Lo tengo, lo tengo, ya lo tengo! ¡Es un conjuro marino!

Con voz apagada Lolo repitió entre dientes:

–Un conjuro marino, vaya descubrimiento; pues sí, esos curan cualquier cosa, protegen y deshacen entuertos, pero... ¿cuál de todos?

Sin poderse aguantar, repitió Pancraccio:

–¡Lo tengo, ya lo tengo! –Y exclamó jubiloso–: Al mal tiempo... ¡Buena cara!

Lolo y Mar se voltearon a ver con ojos de huevo frito. De repente comprendieron.

–¡Bravo, Pancraccio, bravo! –aplaudió Mar, salpicándolos.

–¡Así se habla! –festejó Lolo–. ¡Claro! La tristeza no ayuda. Y aquí metidos no vamos a resolver nada.

–Exacto, y yo ya me aburrí, ya quiero ver nuevos paisajes –comentó con las velas erguidas como estandartes.

La plática se volvió una algarabía.

–Un marinero sin barco no tiene ningún chiste –opinaba Lolo.

–Y un barco sin marinero ¡es bastante aburrido! –coincidían todos.

Mar les contó la interesante oportunidad que le habían ofrecido de ser voluntario en la Antártida para recibir a los pingüinitos recién nacidos, y sus amigos lo animaron para aceptarla. Pancraccio empezó a imaginar las adaptaciones necesarias para transformarse en un barco-escuela, o en una casa-barco; en fin, todavía no estaba muy seguro. Y a Lolo se le alegró la mirada al pensar en todas las ciudades que podría descubrir.



Celebraron el nuevo cambio de rumbo con un gran pastel en forma de barco –amarillo, por supuesto– hecho entre los tres. El futuro, como el cielo del atardecer, se volvió a teñir de aventura y en el crepúsculo hubo lluvia de estrellas, augurio de maravillas.

Mar se fue de inmediato a su entrenamiento en la Antártida. El inseparable compañero de tantos viajes, el barco Pancracio, se instaló sobre la playa y se convirtió en la amarilla casa de un pintor enamorado de la navegación, pero que se mareaba apenas dejado el muelle. Y Lolo decidió ahora ser payaso, un oficio, aseguraba, tan movido e interesante como el de marinero.

Para ejercer su nueva profesión, escogió un traje azul en honor de su amigo Mar; el actual color de su barco lo puso en un sombrero que hacía juego con sus zapatos, también de color amarillo; los calcetines a rayas le recordaban las olas y una gran flor roja en el ojal de su saco hacía las veces de timón.

–Te vendré a visitar –le aseguró.

Y al tiempo que hacía chistosas reverencias, saltos, brincos y grandes ademanes, guardó su impermeable amarillo en la mochila y zarpó de nuevo pero, esta vez, tierra adentro.



Agua de tristeza

Un día Lolo fue a visitar a su gran amigo Altair, quien además era su sobrino: lo quería invitar a la playa el domingo a visitar a Pancracio.

Altair acababa de llegar de la escuela y traía cara de tener problemas. Al ver a su tío corrió a abrazarlo y le dijo:

–¿Qué a tiempo llegas, tío Lolo! Necesito tu ayuda para encontrar la manera de convencer a Tristacha de que la lluvia no es la cosa más triste, fea y aburrida que puede suceder en la vida.

–¿La lluvia triste? ¡Mmm, qué raro! Y ¿cómo lo supo?

–¿Cómo supo qué? ¿De qué hablas?

–No, no, de alguna manera no está tan equivocada.

–¿Qué? ¿La lluvia triste? Para nada: es superdivertida. Y a ti te encanta salir a pasear con tu impermeable amarillo.

–Sin embargo, al principio, hace mucho tiempo, la primera lluvia, la primeritita de todas, fue un agua de tristeza, llena de impotencia.

–¿Agua de tristeza? ¡Suena tan feo! Cuéntame qué es.

–¡Uf! Eso sucedió hace tanto, tanto tiempo.

–No importa, ya sabes que a mí me gustan las historias.

–Fue por el tiempo cuando la Tierra estuvo lista para ser habitada. Era un lugar hermoso, lleno de árboles y flores, de montañas y colores pero, como estaba a oscuras, era imposible apreciarla. Entonces se tomó la decisión de proponerle a Sol que viniera a iluminarla para que todo el mundo pudiera disfrutar sus maravillas.

”Al conocer la oferta, Sol aceptó inmediatamente. Apenas llegó, se puso a trabajar encantado. Le gustaba tanto que dormía muy poco, pasaba días enteros iluminando la Tierra, incluso los festivos y los fines de semana; llegaba tempranito en la mañana y se iba muy tarde por la noche.

”Sin embargo una mañana se dio cuenta de que algo raro pasaba, los colores palidecían, parecía como si un velo ocre hubiera invadido la Tierra. Se agachó para mirar más de cerca y... ¡horror! Las flores, los árboles, el pasto estaban apagados, tristes, casi sin vida.

”–¿Qué pasa? ¿Cómo puedo ayudarlos? –les preguntaba. Pero las pobres plantas estaban agotadas. Para colmo, cuanto más cerca las miraba, más amarillas y débiles se ponían y nada le contestaban.

”Llegó la noche y como seguía sin saber qué hacer, fue a pedirle ayuda a su prima Luna: necesitaba urgentemente un remedio para esta situación desesperada.

”Por desgracia, nunca en su vida Luna había escuchado algo parecido. Consultaron sus viejos libros sin hallar respuestas. Entonces salieron a preguntar por las cuatro esquinas de las constelaciones sin ningún éxito; no hubo nadie capaz de resolver sus dudas.

”Sol regresó aún más desesperado y, al mirar de nuevo la masa café en la cual se había convertido la Tierra, anheló él también apagarse, desaparecer como sus amados colores; sin embargo, tampoco eso sabía cómo hacerlo. Derrotado, con los rayos opacos y arrugados, se ensombreció de tristeza y empezó a llorar, y lloró agobiado durante horas hasta que finalmente se durmió cuando su gigantesco cuerpo ya no contenía ni una minúscula lágrima.

”Tanta agua de tristeza cayó sobre la Tierra esa noche que a la mañana siguiente los hermosos colores habían regresado, las plantas sonreían y daban los buenos días con las hojas brillantes y reverdecidas. Sol se sintió inmensamente feliz y entendió rápidamente lo sucedido. Así que para nunca más tener que regar con agua de tristeza, se fue a buscar esas regaderas gigantes llamadas nubes.

–Nada tonto ese Sol, ¿eh? –comentó Altair, meditativo–. Si Tristacha lo supiera no volvería a decir que la lluvia es triste. Ahorita mismo se lo voy a contar.

–Espera, espera... Cuéntame primero quién es Tristacha.

–Es mi vecina. La verdad se llama Natacha, pero yo le digo Tristacha porque sólo habla de cosas tristes.



El sueño de Natacha

Como de costumbre, Natacha había dejado el paraguas en la casa. No le gustaba cargarlo: le ocupaba las manos, se volaba con el viento, era triste, aburrido y feo. Sentía que era como ponerse encima un pedazo de cielo negro; la verdad, le chocaba.

El aguacero la sorprendió a medio camino y no encontró ni un árbol ni un techito donde protegerse, así que pensó en pedir un “aventón de paraguas”, agradable costumbre local, que consistía en solicitarle a quien fuera hacia el mismo rumbo un lugarcito bajo su sombrilla, aunque no se conocieran. Miró en todas direcciones, no había nadie a la vista con paraguas, apenas una mancha de colores que se iba acercando.



–En fin, ni modo –se dijo desanimada. A ella no le gustaba mojarse porque sentía frío. Sin embargo, ese día parecía que todo estaba listo para empaparse y acabar hecha una sopa.

De pronto la mancha se volvió totalmente visible y venía hacia ella; era Altair, su vecino. Pero... “¡Újule! ¡Tampoco trae paraguas!”, pensó contrariada, al darse cuenta de que él se tapaba con uno de sus libros de escuela. Seguro era el de Ciencias Naturales y por lo visto había servido tantas veces de protección que hasta unas plantitas le habían empezado a crecer sobre la cubierta.

Natacha le hizo la seña con su dedo gordo, pues aun cuando no era un verdadero paraguas parecía ser igual de eficiente; además, era el libro más original y divertido que había visto en su vida.

Altair la recibió con gusto bajo su libro y ella lo notó de muy buen humor. Muy desconcertada le preguntó:

–¿Cómo puedes estar tan contento con semejante tiiiieempo? –alargó la última palabra y abrió los ojos lo más que pudo para mostrar su descontento.

–Pues... ¡porque llueve! La lluvia me encanta, me hace cosquillas en la cara y hace crecer las plantitas de mi libr...

No pudo terminar la frase. La discusión no esperó el siguiente trueno. Empezó en seco, bueno, más bien en mojado, dadas las circunstancias. Ella enumeraba a toda prisa las razones por las cuales consideraba que la lluvia era horrible: la ciudad se volvía gris, rayada y triste; el corazón se le apretaba como si lo tuviera enjaulado; se iba la luz, se cortaba el teléfono, no había Internet; y, para colmo, si llegaba mojada, la regañaban porque se podía enfermar. La lluvia era lo peor que le podía suceder.

–¡Ah no, eso no, Natacha, tampoco exageres! –le contestó Altair con aires de conoedor–. Además, como dice mi tío Lolo, al mal tiempo... ¡buena cara!
–Natacha hizo un gesto de no entender y al verla, Altair agregó muy ufano–: Es un conjuro marino, nunca falla.

–¿Un conjuro marino? –Natacha repitió la frase entre dientes y después de un pequeño silencio añadió–: ¿Quién es Lolo?

–Mi tío el marino, aunque ahora también es payaso.

–¿Tienes un tío marinerooo? –preguntó sorprendida, y por primera vez en el trayecto se le iluminó la cara.

–¡Claro! –respondió Altair muy orgulloso.

–Y... ¿está seguro de lo que dice?

Altair la volteó a ver, con los ojos echando chispas, como soplete de soldador y en lugar de responder, lanzó preguntas como ametralladora:

–Oye, ¿conoces a alguien más honesto, valiente, divertido y dicharachero que un marinero? ¿Alguien que sepa más leyendas y conozca todas las estrellas por su nombre? A todas, ¿eh?

Natacha puso cara de “sí, es cierto” y sonrió para sí misma. Aunque nunca se lo había dicho a nadie, ella soñaba con ser marinera. Quería recorrer en su barco interminables océanos, descubrir arrecifes, atracar en puertos más bellos que una leyenda. Aunque también a veces podía dar miedo. Por ello intuía claramente lo difícil de la profesión y el gran valor que se necesitaba, ya que estaba segura de que no hay manera de hacerle trampas al mar. Esto, en lugar de asustarla le gustaba: era como un desafío.

Ya habían llegado y Altair sonriente interrumpió sus pensamientos.

–¿Entonces qué, Natacha? ¿Al mal tiempo buena cara? Como dicen los marineros. –Natacha lo miró pero no respondió. Era claro que no estaba convencida–. Bueno, luego nos vemos –dijo Altair decepcionado, sin esperar respuesta.

–Gracias por el aventón –contestó Natacha pensativa.

Se fue preocupado. Sabía que no había logrado convencerla; sin embargo, estaba seguro de poder ayudarla a encontrar lo divertido de la lluvia, sólo que... no se le ocurría cómo.



Sopa de lluvia

Después de oír el relato, Lolo tomó su pipa de hacer burbujas y se fue a sentar junto con Altair cerca de la ventana.

–Sí, tienes razón, es un problema no apreciar la lluvia cuando se vive en una ciudad donde llueve tanto –le comentó–, pero algo se nos ocurrirá, siempre hay manera de encontrarle sabor a la lluvia.



–¿Sabor? ¡Ay, tío, ni que se la fuera a comer!

–¡Sí! Ahora Natacha se va a comer la lluvia a cucharadas –empezó Lolo a jugar y Altair le siguió la corriente.

–¡No, no! Se la va a comer con un tenedor y la va a enrollar como espagueti.

–Mejor unos tacos de lluvia al mojo de ajo, con salsa ranchera.

–¡Sí, sí! ¡Con camarones, aguacate y frijolitos! –bailaba Altair.

En ese momento se abrió la puerta y entró la mamá de Altair; venía huyendo del aguacero con una bolsa llena de verduras y sin ver quién estaba en la casa, exclamó:

–¡Uf! ¡Qué gusto estar bajo techo! –Dándose cuenta de que no estaba sola, los fue a saludar. Cuando se quedó parada, se formó un charquito a su alrededor, y eso la hizo reír.– Afuera llueve a cántaros –comentó–. Es lindo, pero con tanta agua casi no podía ver. Voy a prepararnos una sopa calentita.

–¿De lluvia? –preguntaron los dos al mismo tiempo como si se hubieran puesto de acuerdo y empezaron a reír.

–¿Sopa de lluvia? ¡Qué buena idea! –comentó la mamá con ojos risueños–. Nunca se me había ocurrido, pero si me ayudan seguro inventaremos una nueva receta. ¡Mmmm..., qué rico! –Y se fue para la cocina.



Lolo también se dirigía hacia allá, cuando vio que Altair miraba con curiosidad por la ventana.

–¿Qué buscas? –le preguntó.

–Los cántaros.

–¿De qué cántaros habla mi mamá? Yo no veo ninguno.

–Claro que no, se necesitan lentes especiales –contestó muy tranquilo–. Si no los tienes, no los puedes ver.

–¿Lentes? ¿Qué lentes? A ver, ¿cómo que lentes? Platícame.

–¿Qué tal después de la sopa?

–¡Súper! ¡Tengo hambre!

La sopa de lluvia resultó deliciosa y muy versátil. La receta básica estaba compuesta por un rico caldo de chubasco calentito, poblado de redondas gotas de pasta, nubes de pan y granizo de parmesano al gusto.

Como les quedó tan rica, se les antojó otro plato y empezaron a inventar nuevas versiones. Le agregaron chile y la nombraron arrabiata. La adornaron con frutos del mar, mejor conocidos como mariscos, y nació la marinera. A la última, le pusieron aguacate navegando sobre pedacitos de tortilla, y esa fue la mejor de todas: la versión azteca.



Llueve a cántaros

Después de comer la rica y recién inventada sopa de lluvia, en todas sus versiones, y de tomar un buen vaso de jugo de nube, se acomodaron cerca de la ventana. Lolo volvió a sacar su pipa de hacer burbujas y empezó a narrar:

–Esta historia empezó cuando las gotas que viven en las nubes tuvieron ganas de visitar a sus amigas de la Tierra, cuyas residencias se encuentran en los ríos, cascadas, riachuelos, océanos, goteras y diversos alojamientos especiales.

”Como ellas no tenían ni la más remota idea de qué tipo de transporte utilizar para descender sobre la Tierra, decidieron pedirle al Mago Ciruelo que las ayudara. Este sabio personaje era muy afamado por la rapidez y funcionalidad de sus inventos. En la entrevista, él escuchó las intenciones de las gotas con toda atención y les prometió tener una respuesta para la mañana siguiente.

”Muy temprano al otro día, el Mago Ciruelo se presentó ante las gotas, equipado como de costumbre con su enorme caja de herramientas. Se inclinó sobre ella, hasta que...

”–¡Vaya! –dijo muy satisfecho y se puso unos novedosos lentes. Siguió buscando y de pronto, con muchísimo cuidado, empezó a sacar algo al tiempo que exclamaba–: ¡Muy bien, muy bien, llegaron en perfecto estado! Miren nada más qué lindos, un trabajo excepcional... y en tan poco tiempo. ¿Qué les parecen? –Y al levantar la cara se quitó los lentes. El silencio achataba las caritas de las gotas y ninguna abría la boca. Al mirarlas el Mago preguntó–: ¿No les gustan?



”–Es que... no vemos nada –comentó la más atrevida.

”–¿Nada? ¡Qué raro! ¿No ven nada? –Entonces se miró las manos, y... ¡sorpresa! En sus manos ¡no vio nada! Y como si recordara–: ¡Ah! Es cierto, es cierto, ahora lo resuelvo. Oh, perdón, perdón –se disculpó–. Es que... ¡son invisibles! –empezó a reír y se volvió a poner los lentes.

”–¿Que qué? ¿Invisibles? ¿Qué cosa es invisible? –preguntaban todas, hechas bolita a su alrededor.

”–Calma, calma: ahora les explico. Primero, por favor, por favor, señorita gota –le dijo a la que estaba más cerquita–, ayúdeme a repartir estos lentes, uno para cada una –dijo el Mago.

”Esto causó un tremendo alboroto, ya que a ellas les encantaban las novedades, especialmente los accesorios, como cinturones, chalinas, sombreros, gafas, aretes, mascadas, todo lo que fuese capaz de adornar su redondita figura. Las gafas eran mágicas y ajustables. Se pegaban como un antifaz hecho a la medida y tomaban un color diferente en cada rostro. Así que las gotas reporteras, encargadas de la moda y las novedades, se dieron gusto sacando fotos.

”Los lentes las distrajeron tanto que por poco se olvidan del viaje. Pero el Mago las regresó al orden y, al atender su llamado, frente a ellas apareció un manojito de alegres cántaros amarrados con toda firmeza a sus cuerdas.

”Ciruelo empezó a decir:

”–Como pueden ver aquí tengo un montón de cuerdas invisibles con cántaros anudados, también invisibles, ¡claro está! Y en cada uno caben dos, tres o hasta cuatro de ustedes, por si acaso desearan viajar acompañadas.

”El Mago sonrió muy satisfecho.

”Las gotas seguían sin entender; felizmente, él prosiguió con su explicación:

”–Voy a tender las cuerdas invisibles entre sus nubes y la Tierra en forma circular, como si fueran ruedas de la fortuna: así podrán bajar y subir cuando lo deseen, con absoluta seguridad. Eso sí, tendrán que usar sus lentes mágicos para localizar los cántaros. Es como quien dice su pase de abordar –comentó orgulloso–. ¿Qué les parece?





”La idea les resultó divertidísima. Estaban tan contentas, que hasta quienes alguna vez pusieron el proyecto en duda fueron las primeras en utilizar el invento para irse de visita. Tantas y tantas gotas bajaron a la Tierra ese día, que desde entonces, cuando llueve a torrentes, se dice que llueve a cántaros.

–Ahora sí entendí –comentó Altair–. ¿Cómo iba yo a ver los cántaros si no tengo los lentes? Me lo pudieron haber dicho antes, ¿no?

La boda de las brujas

A l tiempo que señalaba por la ventana, Lolo exclamó:
–¡Mira, Altair, mira: se está casando una bruja!

–¿Una bruja? ¿Dónde? ¿A ver? ¡Quiero verla! ¡Nunca he visto una!

–Mira el Sol.

–¡Oye, el Sol no es una bruja!

–Ya sé, ya sé, pero cuando hay Sol y Lluvia al mismo tiempo es la señal secreta de la boda.

–¿Una bruja casándose? ¿Cómo crees? ¡Si son muy feas!

–No, eso no es cierto –contestó Lolo segurísimo–. Eso es lo que dicen las malas lenguas. Es un cuento de mal gusto.

–¿Y cómo empezó?

–A ver... ¡Ah, sí, ya me acordé! Hubo una época en que las brujas adoptaron la moda punk, pero no cualquier punk. Era un estilo severo, hard, como se decía entonces. Así que apenas se aventuraban más allá de sus fronteras, las personas salían huyendo ante tanta novedad y atuendos estrafalarios.

”Sin hablar del maquillaje, asunto en el que cada día se esmeraban en ser más creativas y osadas: se paraban los pelos, se pintaban los labios de negro y los ojos de morado con rojo y negro, y más negro en el pelo, las uñas, las botas, los vestidos. A ellas eso les parecía lo más moderno. La verdad es que era muy triste y muy oscuro.

”Además, un día fueron a ver una obra de teatro a Londres, donde, según ellas, aparecía el último grito de la moda: un sombrero puntiagudo. Después, en una película, salió otro, este además hablaba y decía cosas inteligentes, así que todas decidieron comprarse un sombrero: las intelectuales, café como el de la película, y las demás, negro, como el de la sorprendente bruja verde del teatro.

”Les gustaban tanto que no se los quitaban ni para dormir; así que se les enchuecaron las puntas y se arrugaron. Pero ni así dejaron de usarlos.

”Sin embargo, un día llegó un valiente e interesante caballero. Él no se fijaba en cuestiones de moda o maquillaje, y al tropezar con una guapa e inteligente brujita lo que menos le importó fue el atuendo. Se enamoró, ella lo correspondió y al poco tiempo decidieron casarse.

”El día de la boda las brujas estaban realmente alegres. Habían invitado a todo el mundo, entre ellos el Sol y la Lluvia. Ambos consideraron tan grata ocasión como una magnífica oportunidad para lucir sus mejores atuendos.

”Llegaron elegantísimos: Lluvia escogió sus gotas más finas y delicadas, y Sol, padrino del novio, les sacó brillo a sus rayos y sólo se puso los que combinaban con alegría. Eso sí, al aparecer la novia todos quedaron deslumbrados: era la más linda bruja de todas las brujas del país de las brujas, ataviada con un hermoso vestido azul salpicado de estrellas, regalo de sus madrinas, las hadas de la montaña.

”La fiesta fue un verdadero éxito. Las brujas se deshicieron de sus puntiagudos sombreros, los cuales, al igual que las fronteras y los malos entendidos, desaparecieron. Bailaron rock, salsa, merengue y zapateado.

”Hubo discursos, juegos pirotécnicos, hechizos desechables, amuletos, brindis y deliciosos platillos. Fue una celebración memorable donde se instaló una tradición: desde ese día, Lluvia y Sol decoran el cielo juntos en las bodas de las brujas.







Pintar la luz del cielo con los colores de la tierra

De repente un arco translúcido adornó el firmamento con su franja de colores.

–¡Mira nada más! –exclamó Lolo–. ¡Ese sí que es un regalo!

–¿De las brujas? –preguntó Altair muy sorprendido.

–No, no: de Chac.

–¿Chac? Ese nombre me gusta. Chac, Chac, Chac... ¿De dónde es?

–De Yucatán. Es un nombre maya.

–¡Ah! ¿Entonces es de un señor?

–Ni más ni menos que el Dios de la Lluvia.

–Fiu –chifló Altair–. ¿Tú lo conoces? Yo nunca había oído hablar de él.

–Nunca lo he visto, sólo conozco sus leyendas.

–Pues cuéntamelas para que yo también lo conozca.

–Dicen que Chac era un dios alegre y generoso. Siempre estaba ocupado dando clases de agricultura, artes y astronomía. Lo que más le gustaba eran los colores. Por esta razón su pueblo le había construido templos en los lugares más coloridos de la región del Mayab: frente al mar, para que los múltiples y transparentes azules del Caribe lo acompañaran en su baño diario. En medio de la jungla, donde la variedad de verdes era igual de infinita que las gotas de los chubascos y las hojas de los árboles. Al centro de la pradera, la cual regaba Chac con toda puntualidad para hacer crecer las flores y los frutos, y así teñirla con multitud de tonos y contrastes, en sorprendentes combinaciones.

”A Chac le gustaba adornar la celeste inmensidad con enormes nubes gordas y brillantes, muy limpias, como recién lavaditas, las cuales pasaban del blanco más puro hasta ese gris pizarra, casi negro, de las nubes enfurecidas anunciando tempestades.

”Un día a Chac se le antojó pintar, pero después de intentarlo un rato sin muy buenos resultados se dijo: “Esta es una profesión difícil, voy a tener que practicar mucho”. Y se preguntaba: “¿Por dónde empezaré?”.

”Como a él no le gustaba dejar las cosas a medias, se fue a buscar inspiración en medio de las flores. Ahí no había nada que pintar, pero sí mucho por aprender. Entonces decidió contemplarlas y tomar algunas notas respecto a su manera de combinar los colores y sobre las diferentes tonalidades y matices.

”Tenía ganas de hacer algo muy grande, sin embargo la inspiración no llegaba.

”Entonces decidió ir a dar una vuelta al mercado. Eso sí fue un acierto. El lugar parecía un inmenso muestrario de colores: el negro de los cabellos, el blanco de las sonrisas, el verde de los vegetales y los rojos de las frutas bien maduras, el perfume morado de los heliotropos, el melódico amarillo de los canarios. Un enjambre multicolor lo invadió, y así como aparece el sol después de la tormenta una idea poderosa emergió en su cabeza: ¡pintar la luz del cielo con los colores de la Tierra!

”Sin perder ni un minuto se fue a conseguir grandes pinceles y enormes botes de pintura. Se puso un overol para no manchar su ropa y empezó a trabajar. Las personas seguían atentamente su desarrollo. Comentaban sus progresos y lo animaban. Algunos le preparaban horchatas cuando hacía mucho calor.

”Le construyeron un techito de palmas y colgaron una hamaca por si quería dormir una siesta. En las tardes le hacían una pequeña hoguera de chiribital para espantar los mosquitos. Una niña fue creando un diario con los avances del trabajo.

”Los niños le leían historias: así reforzaban su inspiración y sostenían su entusiasmo. Otras veces los abuelos lo alegraban con sus cantos y guitarras.



Después de intensas jornadas de trabajo, durante siete semanas Chac concluyó satisfecho su gigantesca obra.

”La noticia se propagó de inmediato en todas las regiones del inmenso imperio maya. Desde los rincones más lejanos vinieron para admirarla. Les gustaba tanto, que uno a uno iban a felicitarlo. Le daban la mano y le decían emocionados cuán bella y monumental les parecía su creación. Era, según decían, el arco más bello que habían mirado.

”Tan emocionado estaba Chac con esas muestras de reconocimiento y amistad, que decidió regalar a ese pueblo sensible el gigantesco Arco de Colores pintado sobre el cielo del Mayab.

–¡Uy, qué bonito! ¡Qué bonito! –exclamó Altair mirando el arco iris–. Yo creo que esta historia sí le va a encantar a Tristacha. Ahorita mismo se la voy a ir a contar.

Corrió a ponerse su impermeable y sus botas, cuando escuchó a su tío decirle:

–Oye, también podrías invitarla el domingo a la playa, y vamos todos juntos a visitar a Pancracio.

–Eso me gusta. Tiene mucho que no lo veo y yo creo que a ella también le va a caer requetebién. Ojalá no llueva porque si no no va a querer ir.

–Recuérdale el conjuro –le respondió Lolo al tiempo que sacaba un paquete de su mochila–, y llévale este regalo.

Como Altair tenía tanta prisa ni preguntó sobre el contenido del paquete: salió como chiflido. Cuando llegó, Natacha no lo dejó hablar:



–¡¿Qué crees?! ¡¿Qué creeeees?!

–¿Qué creo de qué?

–¡Sí sirve! ¡Sí sirve! ¡No lo puedo creer!

–¿Qué sirve, Natacha? Ya dime.

–Pues el conjuro, ¡el conjuro marino!

–Claro que sirve, ¿no te lo dije?

–Sí, ya sé, pero no entiendo bien cómo funciona. Desde que me atreví a ponerle buena cara a la tal lluvia, no sé, algo pasó, algo adentro de mí, y hasta... ¡salió el arco iris!

–¡Ah! Y además yo te traigo un regalo que te manda mi tío Lolo –dijo Altair con expresión de importancia.

–¿Tu tío el marinero?

–Pues claro. ¿Cuál otro?

–¿Un regalo para mí? ¿A ver?

Altair le dio el paquete y, como si el Sol hubiese entrado de golpe en la habitación, apareció ante ellos un impermeable amarillo.

Natacha casi incrédula murmuró:

–¡Un impermeable de marinero! ¡De marinero... profesional!

La carita de la niña era una fiesta mientras se lo ponía. Le parecía que era como empezar a ser marinera desde ese mismo instante. Ya casi podía sentir las olas sobre su rostro.

–Ahora sí podré salir a jugar sin mojarme ¡y sin paraguas! –decía feliz.

Muy contento, Altair le preguntó:

–¿Al mal tiempo...?

–¡Buena cara! –contestó, radiante.

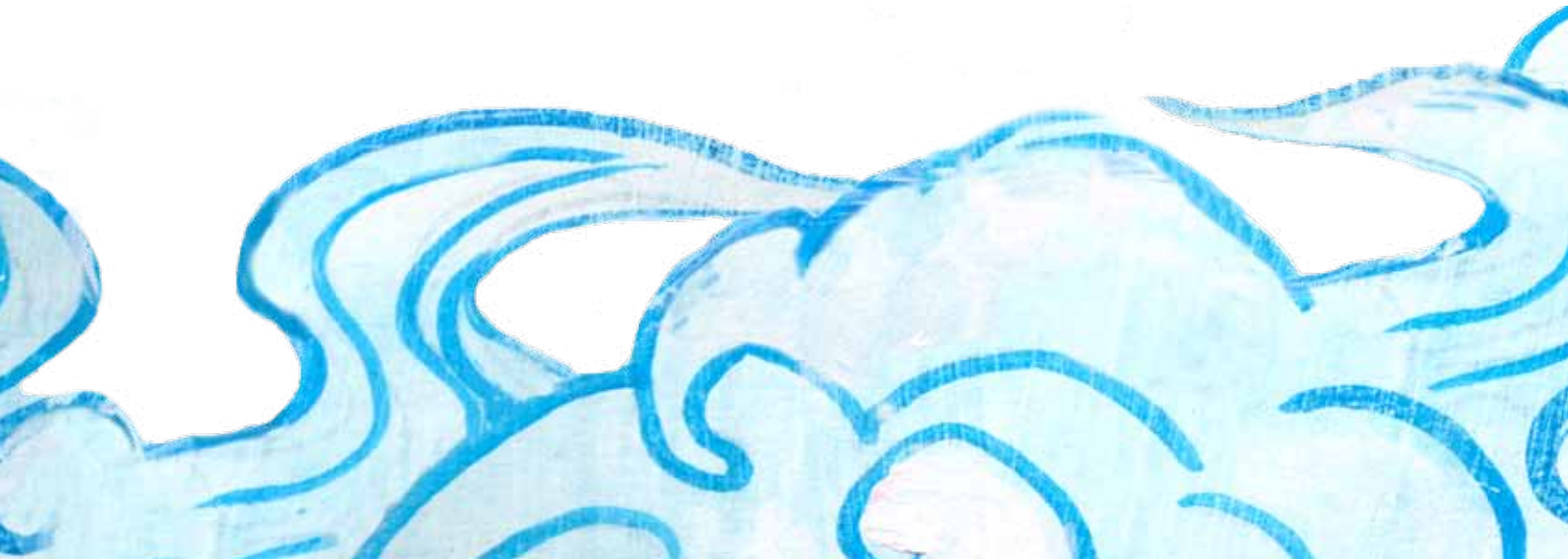
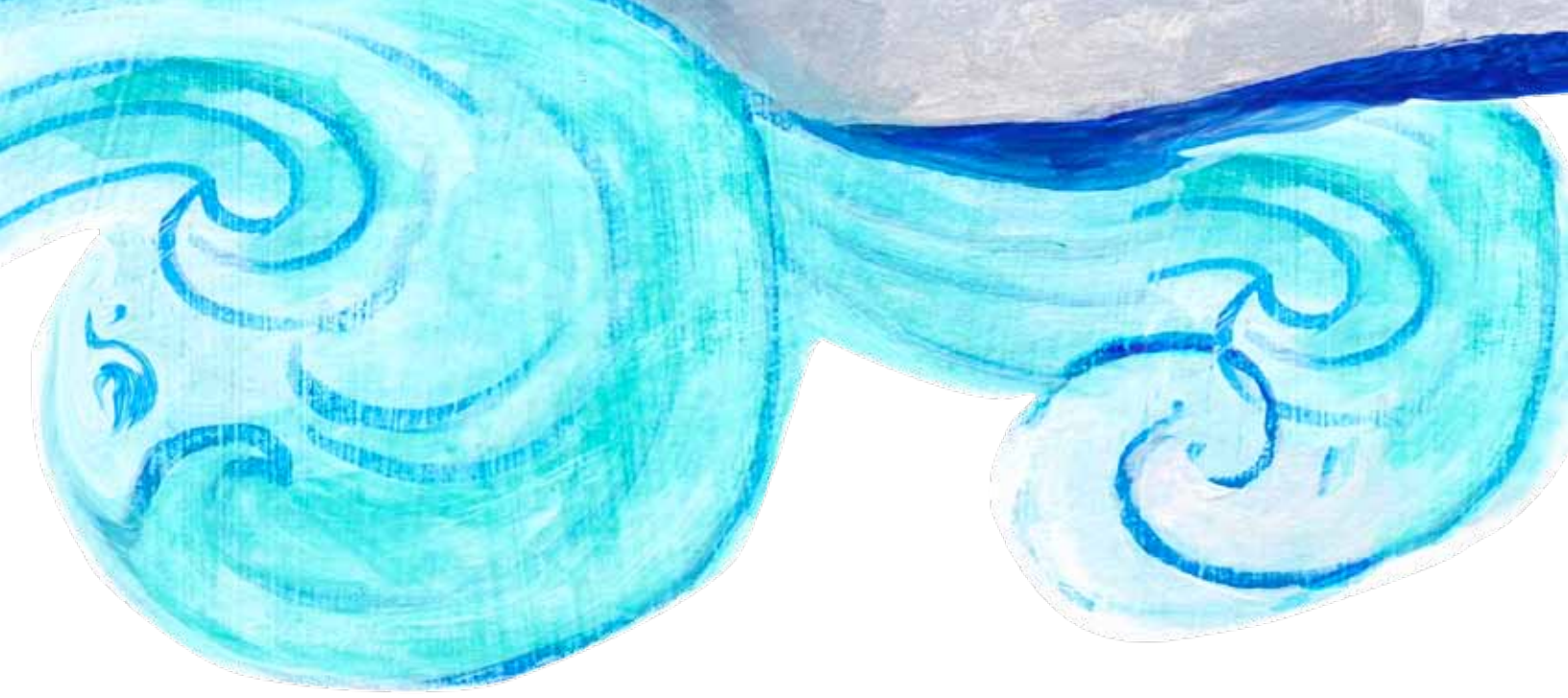
Y Natacha salió a jugar bajo la intensa lluvia.





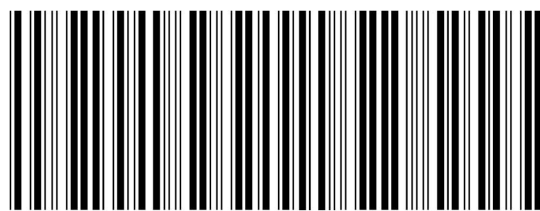
El Impermeable
Amarillo
Colofónz







ISBN 978-607-957-3447



9 786079 573447